

ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO
A LAS *IMPRESSIONS ET OBSERVATIONS*
DANS UN VOYAGE À TENERIFE DE JEAN MASCART

Clara Curell
Universidad de La Laguna

... todo viaje, incluso en las regiones más frecuentadas
y más conocidas, es una exploración.

Isabelle EBERHARDT¹

El libro al que dedicamos esta comunicación, escrito en 1910², constituye, desde un punto de vista cronológico, uno de los últimos eslabones de una larga serie de relaciones de viajeros franceses a Canarias que inicia en el siglo xv *Le Canarien*, primera crónica de la conquista de las Islas atribuida a los clérigos Pierre Bontier y Jean Le Verrier³. Frente a la escasez de fuentes con las que cuenta la historiografía canaria, los libros de viaje presentan un interés capital para la investigación histórica, etnográfica e incluso lingüística del Archipiélago ya que, amén de una rica información acerca de su orografía e historia natural, proporcionan noticias relativas a los usos, modos de vida y características del habla de sus habitantes. Nada tiene de extraño si tenemos en cuenta el parentesco que existe entre el viajero y el historiador, consecuencia de la similitud de sus métodos respectivos, pues como acertadamente observa Normand Doiron: «Tous deux se déplacent, l'un dans l'espace, l'autre dans le temps» (1988: 87).

La única dificultad con la que nos topamos a la hora de hacer uso de este tipo de documentos es que están redactados en una lengua extranjera que la mayoría de lectores españoles desconoce, por lo que consideramos fundamental su trasvase al castellano con el fin de que su divulgación sea mayor. Afortuna-

¹ Citada por C. MORATÓ (2001), *Viajeras intrépidas y aventureras*, Barcelona, Plaza y Janés, p. 111.

² J. MASCART (1911), *Impressions et observations dans un voyage à Tenerife*, París, E. Flammarion.

³ Puede encontrarse una información exhaustiva sobre los viajeros franceses más significativos que, de una u otra forma, han recogido por escrito su paso por el Archipiélago Canario en B. PICO *et al.* (2000), *Viajeros franceses a las Islas Canarias*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios.

damente, en los últimos tiempos han aparecido traducciones de algunos de los títulos más representativos, aunque se echaba en falta una versión española del libro *Impressions et observations dans un voyage à Tenerife* del astrónomo Jean Mascart que, si bien consta de una parte dedicada al comentario de los hallazgos obtenidos, es, por encima de todo, la narración de su estancia en Tenerife. La coexistencia en un mismo tomo de capítulos de contenido rigurosamente científico con episodios de carácter subjetivo, plagados de anécdotas y de sentimiento, es una práctica común en las crónicas de los viajeros que, de ese modo, logran interesar tanto al especialista como al gran público. Ya desde principios del siglo XVI es evidente esta doble lectura del viaje que Jacques Chupeau define de la siguiente manera: «lecture utilitaire de celui qui cherche à s'informer et à s'instruire; lecture de divertissement pour qui recherche avant tout le plaisir du dépaysement, de la surprise et de l'aventure extraordinaire» (1977: 541).

Así que nos pareció interesante emprender la traducción de las «impresiones» de este viajero, dejando de lado las estrictas «observaciones» del científico que se hallaban agrupadas al final del volumen. Decidimos, por otro lado, llevar a cabo esta tarea de forma colectiva, convencidas de que el trabajo en equipo, con el intercambio de ideas y de puntos de vista que conlleva, es el que puede ofrecer una mayor garantía de corrección⁴. Además, con el propósito de aclarar y ampliar algunos extremos relativos a las personas o a los acontecimientos citados en el texto, dotamos nuestra edición de más de doscientas notas explicativas, así como de un estudio preliminar en el que se exponen, de forma sucinta, los antecedentes de las observaciones astronómicas en Canarias, la vida y la obra del autor y de los demás componentes de la expedición y, por último, las repercusiones del viaje en la prensa local.

Jean-Marcel Mascart⁵ se desplazó a Tenerife en abril de 1910 como miembro de una misión científica organizada por la Asociación Internacional contra la Tuberculosis, cuyo objetivo fundamental era la realización de investigaciones de carácter fisiológico, en especial, el análisis de la influencia del sol y de la altitud en distintos órganos del cuerpo humano. Dado que para aquellas fechas se preveía una aparición del cometa Halley, algunos astrónomos se sumaron a la empresa con el cometido específico de estudiar su paso desde una estación de montaña y de determinar si las condiciones climáticas de la isla eran propicias para observa-

⁴ J. MASCART (2003), *Impresiones y observaciones de un viaje a Tenerife*, introducción, traducción y notas de Clara Curell, Cristina G. de Uriarte, Maryse Privat, Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.

⁵ En estas fechas era astrónomo adjunto del Observatorio de París y profesor de la Facultad de Ciencias de esta ciudad en la que había nacido en 1872 y donde fallecería en 1935. Unos años más tarde prosiguió su labor docente en la Universidad de Lyon, de cuyo Observatorio fue director entre 1912 y 1932.

ciones meteorológicas, físicas y astronómicas⁶. Recordemos que esta estrecha vinculación entre viaje y ciencia no es algo novedoso, puesto que ya se esboza a finales del siglo xvii y se afianza a mediados de la centuria siguiente, cuando las grandes potencias europeas se convierten en promotoras de expediciones que, desde ese momento, serán inconcebibles sin la presencia de un grupo de hombres de ciencia, especialistas en diversas disciplinas (Taillemite 1987: 61). A medida que nos acercamos al siglo xx, la función científica de la exploración se desarrolla y se precisa cada vez más, tal como sucede con la misión que hoy comentamos.

Por otra parte, lo verdaderamente significativo de los viajes, y a menudo su objetivo primordial, es el hecho de contarlos, de plasmar por escrito la experiencia vivida y los descubrimientos realizados. Como pone de manifiesto Adrien Pasquali, «Il n'y a de voyage que raconté: si nous évoquons le périple de tel voyageur, celui-ci a dû se faire écrivain laissant des traces, aussi peu 'littéraires' qu'elles aient été voulues» (1994: 38). Mientras que en el siglo xviii los gobiernos eran los que se encargaban o participaban en la edición del relato —y, más de una vez, de *los relatos*⁷—, de las campañas que ellos mismos habían organizado y, con mucha frecuencia, sufragado, a partir del siglo siguiente es el propio viajero el que suele tener prevista una publicación, aunque sea un simple diario, consciente de que, sin difusión, su periplo caería en saco roto. Éste no iba a ser el caso de nuestro astrónomo ya que, desde que vislumbró la isla de Tenerife, fue registrando en su memoria, cuando no en su cámara fotográfica, detalles y circunstancias que no sólo iba a plasmar en su futuro libro, sino que, en forma de artículos, iba remitiendo regularmente al diario *Le Figaro*, del que era corresponsal⁸. Así

⁶ Esta expedición, junto con la que encabezó Charles Piazzi Smyth en 1856, se considera fundamental en la historia de la moderna astronomía en Canarias. Piazzi Smyth, después de establecer una estación de observación en Guajara y otra en Altavista, fue el primero que defendió las ventajas de las regiones altas para los estudios astronómicos, mientras que Mascart destacó la situación excepcional de las cumbres de Tenerife para albergar un observatorio que permitiera las más variadas investigaciones científicas (*Impressions et observations...*, pp. 12, 116 y 359). Para más datos sobre éstas y otras campañas, *vid.* F. SÁNCHEZ (1985), «Astronomy in the Canary Islands», *Vistas in Astronomy*, vol. 28/3, pp. 417-430.

⁷ En efecto, hay expediciones que cuentan con más de un cronista. Así, por ejemplo, de la expedición del capitán Baudin a tierras australes de 1800 se conservan, entre diarios y relaciones, diez textos que recogen distintos testimonios de la campaña. *Vid.* Berta PICO *et al.*, *op. cit.*, p. 196.

⁸ Además de estas colaboraciones periódicas, y al tiempo que se iban sucediendo las distintas investigaciones y observaciones del cometa Halley, Mascart fue publicando artículos en revistas especializadas como *Astronomische Nachrichten*, *Bulletin de la Société Astronomique*, *Bulletin de la Société Belge d'Astronomie*, *Revue Générale des Sciences*, *Revue Scientifique*, *Rivista di Astronomia e Scienze Affini* y *La Nature*.

aparece encabezada su primera colaboración en este periódico, el 12 de abril de 1910: «M. Jean Mascart, l'astronome distingué qui s'est rendu à Ténériffe pour observer la comète de Halley, comme représentant de la science française et qui rendra compte dans le *Figaro* de son importante mission, nous adresse ce premier article d'impressions...».

Su obra, que publicó poco después de su vuelta a Francia, consta de unas 360 páginas y se divide, como ya lo hemos anunciado, en dos secciones bien diferenciadas, de extensión similar. En primer lugar, figuran las impresiones del viaje y algunas observaciones del cometa Halley y, seguidamente, expuestos con el rigor propio de la investigación científica, los resultados de los experimentos fisiológicos, astronómicos y meteorológicos realizados. Dentro de los contenidos de la parte inicial se combinan, a su vez, dos tipos de discurso: el primero refleja las vivencias y reflexiones del narrador, en tanto que el segundo, resultado no sólo de un conocimiento directo sino también de una documentación previa o simultánea al desplazamiento⁹, consiste en una descripción sistemática del clima, los cultivos, las principales localidades, la historia y la situación actual del Archipiélago. La estructuración y las materias de estos últimos capítulos reproducen, con mínimas variaciones, el esquema típico del libro de viaje, tal como aparece definido en 1680 en el diccionario de Pierre Richelet, s.v. *relation*: «Livre [...] qui raconte les particularités les plus remarquables d'un país, les moeurs & les coutumes de ses habitans avec l'histoire naturelle & géographique de la contrée»¹⁰.

A nuestro parecer, los episodios más originales del texto, y a los que nos vamos a ceñir, son aquellos que se salen del estilo objetivo y del tono neutral para brindarnos las sensaciones y pensamientos del astrónomo francés a lo largo de sus casi tres meses de permanencia en Tenerife, escritos en un registro coloquial salpicado, de vez en cuando, de términos castellanos que unas veces utiliza por no existir en francés una voz equivalente y, otras, para dar mayor colorido a su testimonio. Como es tradicional en este género literario, la narración sigue un orden cronológico y está redactada en primera persona.

La aventura, si así puede llamarse, que nos relata Mascart se inicia, paradójicamente, cuando finaliza su viaje propiamente dicho, esto es, la travesía maríti-

⁹ Dentro de las lecturas que se consideran imprescindibles para que el viajero se instruya acerca de la historia y la geografía de las regiones que va a visitar se hallan las relaciones de viajeros anteriores. Así lo observaba, ya en 1797, el conde Léopold Berchtold, autor de un importante *art de voyager (Essai pour diriger et étendre les recherches des voyageurs qui se proposent l'utilité de leur Patrie*, p. 18), y de la misma opinión parece ser Mascart, ya que al final de uno de los capítulos (p. 175), así como en la conclusión del libro, relaciona las principales obras que ha consultado para documentarse, todas ellas libros de viaje.

¹⁰ *Dictionnaire français contenant les mots et les choses*, Ginebra, 1680, citado por B. Pico *et al.*, *op. cit.*, p. XII.

ma que hace escala en Tenerife. En efecto, si utilizamos la terminología de Numa Broc (1982a: 239), nuestro científico es un explorador «terrien», un hombre de acción, atraído por lo desconocido y deseoso de conocer y de adaptarse al nuevo medio que se abre ante él, un viajero diametralmente opuesto al marino, el cual, según Leroi-Gourhan, «est une sorte de sédentaire, parfois même de casanier, promenant [...] un morceau de son pays natal à la surface du globe [...] regardant défilier les mers et les côtes des fenêtres de sa patrie»¹¹. Así, al avistar la tierra extranjera, de la misma manera que lo haría cualquier visitante con sus mismas características, Mascart selecciona, dentro de su campo de visión, una serie de elementos que sitúa en primer plano y que son los que le asombran más por apartarse de lo que le es familiar. Sirva de ejemplo, al arribar el barco en el que viaja al puerto de Santa Cruz, su sorpresa ante la acogida que le dispensa un grupo de lo más heterogéneo de tinerfeños:

Le bateau est entouré d'une nuée de barques indigènes: des plongeurs, vêtus d'un caleçon rudimentaire, gesticulent et se bousculent, rient, s'injurient, font le plus de bruit possible pour décider les voyageurs à leur lancer des pièces de monnaie que, d'un élan infaillible, ils atteindront à quelques mètres au-dessous de la surface; puis ce sont les barques de fruits, de fanfreluches, d'articles de tous genres, qui vous enserrant et, bientôt, monte à l'assaut une armée de guides, hôteliers, marchands, bateliers, porteurs... On a grand'peine à garder son sang froid et à protéger ses paquets (pp. 18-19).

Es una de las pocas oportunidades que tiene de observar a la población isleña pues, una vez desembarcada, la expedición de la que forma parte se encamina sin dilación hacia la montaña de Guajara, a 2.715 metros de altura, donde va a instalar su campamento. Los contactos que tanto él como sus acompañantes establecen con los naturales del lugar se reducen a un trato superficial con aquellas personas que, como suele ser habitual en este tipo de exploraciones, se ven en la necesidad de contratar como guías, intérpretes y, en especial, mozos que transporten en sus mulos el equipaje y el material científico hasta su destino. Según constata Broc, algún colaborador puede llegar a convertirse en persona de confianza, aunque los relatos están igualmente plagados de guías que se pierden o de porteadores que se desmandan (1982b: 327), tal como ocurre en esta ocasión. En efecto, bien es verdad que hacen amistad con uno de los arrieros, Feliciano, que es quien, aparte de otros muchos quehaceres, se encarga de la intendencia del campamento:

Notre ami Feliciano va nous monter journallement de l'eau, des provisions —le pain... hebdomadaire— pas souvent le courrier! oh! la poste!; peu après, il fera nos

¹¹ A. LEROI-GOURHAN (1947), *Les explorateurs célèbres*, pp. 9-10, citado por Broc (1982a: 239).

provisions de bois mort et le débitera; il me déchargera du soin de faire la vaisselle... La vie devient bourgeoise, à l'aise: c'est le grand luxe, et nos hôtes de passage, assez rares, garderont bon souvenir de nos réceptions et de nos *five o'clock* (p. 56).

Pero no es menos cierto que tienen también sus diferencias con otros muleteros que, ya durante la ascensión (p. 37), habían dado muestras de una indolencia que llevan al extremo a la hora del regreso, cuando tienen que desmontar y cargar en sus asnos todo el instrumental: se tumban en el suelo, encienden un fuego y se disponen a tomar un bocado (p. 117). El único aspecto positivo que, irónicamente, destaca Mascart de su relación con los lugareños es haber aprendido *algo* de castellano:

Je sais presque l'espagnol. C'est-à-dire: je sais «mañana», qui veut dire «demain»— et ceci seul explique le temps qu'il a fallu pour monter ma cabane et construire mon pilier. Les indigènes ont-ils donc mauvaise volonté? Que non pas! Ils sont grands seigneurs et indolents. Tout ce qu'on ne peut pas faire «tout de suite» est remis à «mañana» ou demain, et mañana, c'est «bientôt» —la prochaine fois (p. 47).

Desde el principio, no obstante, el elemento humano queda relegado a un segundo plano pues el interés de los expedicionarios se concentra en las características del clima y en una naturaleza que les impresiona, ora por su fertilidad, ora por su aridez, y, en cualquier caso, por lo distinta que es de la de sus países de origen con la que, de una manera consciente o inconsciente, la comparan, como lo ilustra el siguiente pasaje: «...le tout, pour un Européen, comporte une physionomie imposante, plus étrange que gracieuse» (p. 23). Por lo que respecta a las condiciones climáticas, a partir de los primeros folios y todo a lo largo de la relación (pp. 8, 11, 34, 131, 146, 155), Mascart resalta las excelencias de una temperatura que, en concreto en el valle de La Orotava, oscila entre los 18º y los 24º, lo que la convierte en especialmente indicada para enfermos y convalecientes. Ya en el siglo anterior, las aplicaciones terapéuticas del clima de Canarias en el tratamiento de dolencias pulmonares, estomacales y cutáneas habían sido puestas de relieve por diversos médicos británicos¹², así como por el francés Gabriel de Belcastel¹³.

En lo que concierne al entorno natural, a medida que se van acercando al norte de la isla los viajeros no cesan de entusiasmarse y comentan que el paisaje es impresionante (p. 19), la vegetación desbordante y la naturaleza generosa bajo una arena estéril (p. 126). Dice textualmente nuestro cronista:

¹² Tal es el caso, entre otros, de James Clark, William Wilde y William Marcet.

¹³ Vid. *Les Iles Canaries et la Vallée d'Orotava au point de vue hygiénique et médical*, París, J.B. Baillièrre et fils, 1861.

... le décor est splendide et varié. D'immenses eucalyptus, odorants, avec leurs troncs enroulés; des tamaris; des phénix gigantesques, au tronc sculpté, avec, tout en haut, leur plumeau de feuilles aiguës; là, des rochers fantastiques; ici, des échappées sur la mer bleue profonde; les vagues furieuses contre les rochers; la mer qui forme, sur des roches submergées, des collerettes d'écume élatante... (p. 127).

Más allá de la villa de La Orotava, deciden desviarse en un recodo de la carretera y, siguiendo un barranco hasta el mar, descubren de repente una playa de arena negra, fruto de la erosión de la lava (p. 24), muy parecida a aquella a la que, unos años más tarde, André Breton dedicaría uno de los poemas que integran *L'air de l'eau*¹⁴. No sólo les asombra su color, que contrasta con la blancura resplandeciente de la espuma de las olas, sino también su textura: «pris sur la main, humide, ce sable ressemble à une poignée de caviar et, cependant, il est parsemé de petits grains jaunes, transparents, d'une exquise et délicate teinte ambrée» (pp. 24-25). Retoman la ruta y se adentran ya en los parajes que les van a ser más familiares y a los que Mascart dedicará la mayor parte de su relación: las zonas de montaña en las que van a vivir durante más de dos meses.

Tras pasado el mar de nubes, llegan a la caldera de Las Cañadas y, por vez primera, distinguen la imponente silueta del Teide, de la que tanto habían oído hablar:

Ainsi nous sommes à 2.000 mètres dans une écuelle de 25 kilomètres de diamètre: au centre, comme une glace, comme un gigantesque «parfait» dont la base s'étale capricieusement, c'est le pic principal, haut comme le Mont Blanc, et plus majestueux par son fier isolement (p. 31).

Este carácter de superioridad del Pico y su comparación con las más elevadas cimas del planeta constituye un tópico dentro de la literatura de viajes a Canarias. Efectivamente, lo hallamos ya en el texto del cosmógrafo renacentista André Thevet¹⁵, en el libro de Vincent Le Blanc de 1648¹⁶, en las descripciones dieciochescas de, entre otros, Bory de Saint-Vincent, Labillardière y Milbert¹⁷, y en otros

¹⁴ Vid. A. BRETON (1966), *Clair de terre*, París, Gallimard, p. 179.

¹⁵ *Les singularitez de la France antarctique, autrement nommée Amérique & de plusieurs terres & isles découvertes de nostre temps*, París, Héritiers de Maurice de La Porte, 1558, cap. vi.

¹⁶ *Les voyages fameux du Sieur Vincent Le Blanc Marsellois, qu'il a faits depuis l'âge de douze ans jusques à soixante, aux quatre parties du Monde...* París, Chez Gervais Clousier, 1648, cap. ii.

¹⁷ Para más datos acerca de estos autores, vid. C. CURELL y C.G. de URIARTE (1997), «El paisaje de Tenerife en los libros de viaje franceses del siglo XVIII», *IV Coloquio de la Asociación de Profesores de Filología Francesa de la Universidad Española*, Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de G.C., pp. 313-321.

tantos relatos más recientes. Asimismo, es habitual asociar la figura del Teide a las nubes que lo circundan y al sol que lo corona, en una estampa que nuestro autor inmortaliza, haciendo gala de una sensibilidad y de un dominio del arte de la metáfora poco comunes en un científico, en los siguientes términos:

Nuages blancs, mamelonnés, mousse aux grandes ondulations, écran de silence, tapis ouaté sur lequel on a le vertige de s'élancer —pour toujours. Et le soleil, lui, va s'y plonger mollement, imperturbablement. La neige devient rose, les ombres violettes, les rochers reprennent des noirs infinis, à côté de rouges veloutés (pp. 32-33)¹⁸.

Acto seguido, y en contraste con esta idílica visión, al narrador le desconcierta el aspecto fantástico y sobrecogedor de las rocas recortadas contra el cielo en los alrededores de la cumbre, que le recuerdan un paisaje lunar propio de las narraciones de Julio Verne y de Edgar Allan Poe (p. 32) o, incluso, un decorado de infierno digno de una ilustración de Dante (pp. 11 y 62).

Las páginas que vienen a continuación dan cuenta de los trabajos generales de la expedición (pp. 34-43), de la instalación del campamento (pp. 44-55) y de la vida en la montaña (pp. 56-68). Los fragmentos más entretenidos de esta parte del libro son aquellos en los que vemos a los que parecían unos sensatos científicos haciendo toda suerte de extravagancias en provecho de la ciencia, desde tumbarse desnudos al sol o cubiertos con pequeños cristales multicolores, hasta correr gesticulando, vendados como momias (pp. 37-38).

El capítulo que sigue nos ofrece el relato de la ascensión al Teide, excursión estrella desde el siglo XVI¹⁹ en el programa de cualquier viajero que haga escala en Tenerife, que sería un crimen perderse en opinión de Mascart (p. 79), pese a que se trata de una larga y penosa caminata de más de siete horas de duración. Deciden emprenderla en dos etapas, partiendo al atardecer de un día despejado que anuncia buen tiempo. En sus comentarios de esta jornada, nuestro cronista alude repetidamente a la tonalidad amarillenta de la tierra, al color grisáceo de las coladas de piedra pómez, que crujen bajo los pies y les hacen resbalar, y a la lava que dificulta la marcha. Pero, al amanecer, una vez alcanzada la cima, el espectáculo que se despliega ante ellos compensa con creces el esfuerzo realizado:

Il n'y a pas un nuage, à peine quelque traînée: nos pronostics étaient bons —et nous avons une grande chance. Mais comment ne pas mentionner, ici, la venue de

¹⁸ En términos similares Mascart vuelve a aludir a esta imagen en el capítulo dedicado a la vida en la cumbre, concretamente en las pp. 60-62.

¹⁹ Vid. L. TORRIANI (1978), *Descripción de las islas Canarias*, traducción, introducción y notas de A. Cioranescu, Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, p. 174.

chacune des îles se détachant de la nuit, l'ombre de la terre coupant le ciel suivant un grand cercle oblique, l'ombre du pic lui-même se projetant, au loin, comme un triangle aigu, sombre, au contour précis... (pp. 71-72).

Como es de suponer, a la par que iban conociendo y reconociendo la topografía de su nuevo hábitat, los astrónomos se dedicaban en cuerpo y alma a la misión que tenían encomendada: la observación, al alba y durante el crepúsculo, del cometa Halley en un cielo de excepcional pureza. Día tras día iban constatando que, al aproximarse al Sol, aumentaba su tamaño y se intensificaba su brillo, lo que mejoraba sensiblemente su visibilidad. La fecha prevista para que pasara cerca de su perihelio y para que su cola luminosa barrierá la Tierra se iba acercando: sería durante la noche del 18 al 19 de mayo y podía darse el caso de que fuera una noche fatídica (p. 102). No debemos olvidar que, desde la antigüedad, los cometas, debido a lo imprevisible de sus apariciones, se consideraban signos divinos que anunciaban calamidades, y que, a lo largo de la historia, importantes catástrofes coincidieron con distintas visitas del cometa Halley. Todo ello perduraba en la memoria colectiva y ni siquiera la mente científica y racional de Jean Mascart le impedía ser presa de una cierta sensación de angustia ante la inminencia del acontecimiento. La noticia de su presencia en Tenerife se había propagado por toda la isla y en distintas ocasiones algunos lugareños se habían acercado a la Montaña de Guajara para curiosear y, sobre todo, para indagar si iba a producirse un cataclismo final (p. 98). Por mucho que nuestro astrónomo tratara de tranquilizarlos, su autoridad no se reveló suficiente para quitarles de la cabeza la idea que les obsesionaba: un coletazo de tal envergadura podía desequilibrar la Tierra y hacer que *todos* cayeran al fondo (p. 100). Pero, por fortuna, aquella noche no ocurrió nada. Es más, al rayar el día, el maravilloso espectáculo de color que, debido a la proximidad del cometa, había tenido lugar durante varias semanas, cesó de repente. Los científicos ya habían cumplido su misión, y el Halley, pálido y moribundo, volvía a hundirse en el infinito, durante un nuevo período de 76 años (p. 111).

Finalizados pues los trabajos de la expedición, y una vez desmontado el campamento, Mascart dirige una última mirada al Teide y le brinda este breve, aunque solemne, discurso:

Adieu donc, mont tranquille, ou plutôt au revoir: car les conditions sont trop favorables pour ne point tenter de revenir élucider ici quelque point scientifique. Puis peut-on, sans un serrement de coeur, abandonner une place admirable et sauvage où, dans la solitude profonde, on est venu travailler pendant deux mois avec le spectacle d'une comète gigantesque et impressionnante... (p. 119).

Pero no se trata de su despedida definitiva, puesto que decide aprovechar los días que le quedan antes de su regreso al continente para recorrer Las Cañadas, ver los nuevos cráteres que se habían formado como consecuencia de la

erupción de Chinyero, en noviembre de 1909, y descender tranquilamente hacia Santa Cruz, cruzando el valle de La Orotava. Es entonces cuando hace un balance de su viaje y escribe lo que puede considerarse su último adiós:

Nulle part, comme à Tenerife, nous n'avons éprouvé autant de sensations *exceptionnelles* et variées devant une nature stérile et féconde, *déconcertante, anormale, brusque*, «*non vue*». Nous y retournerons (p. 128)²⁰.

A nuestro modo de ver, en estas palabras se condensa lo que más le impresionó de su estancia en Tenerife: el exotismo, percibido como una «estética de lo diverso», según la concepción de su compatriota Víctor Segalen. Para éste, lo «diverso» es lo que hasta entonces se había llamado «extranjero», «insólito», «inesperado», «sorprendente» o «misterioso», en definitiva, «otro» (1978: 100); y la sensación de exotismo no es sino «la notion du différent; la perception du Divers; la connaissance que quelque chose n'est pas soi-même; et le pouvoir d'exotisme, qui n'est que le pouvoir de concevoir autre» (1978: 40 y ss.). Y todo ello con una intensidad tal que puede llegar a turbar, a inquietar o, incluso, a chocar, como le sucede a nuestro astrónomo, que logra transmitir este sentimiento jalonando su relato de adjetivos como «frappant», «féérique», «insolite», «rare», «curieux» o «troublant», además de los que aparecen destacados en el último fragmento que hemos reproducido. A medida que avanzamos en la lectura de sus vivencias, Mascart se nos va revelando como uno de los «voyageurs-nés» o «exotes» de los que habla Segalen, esas personas apasionadas, de fuerte personalidad que, en contraposición al simple turista o al espectador mediocre, poseen la capacidad necesaria para apreciar y disfrutar la distancia, y percibir, en suma, de forma viva e inmediata, la incomprensibilidad eterna.

²⁰ La cursiva es nuestra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BROC, Numa (1982a), «Les explorateurs français du XIX^e siècle reconsidérés», *Revue française d'histoire d'outre-mer*, núm. 256, pp. 237-273.
- (1982b), «Les explorateurs français du XIX^e siècle reconsidérés (suite)», *Revue française d'histoire d'outre-mer*, núm. 257, pp. 323-359.
- CHUPEAU, Jacques (1977), «Les récits de voyage aux lisières du roman», *Revue d'Histoire littéraire de la France*, núms. 3-4, pp. 536-553.
- DOIRON, Normand (1988), «L'art de voyager. Pour une définition du récit de voyage à l'époque classique», *Poétique*, núm. 73, pp. 83-108.
- PASQUALI, Adrien (1994), *Le tour des horizons. Critique et récits de voyage*, París, Klincksieck.
- SEGALEN, Victor (1978), *Essai sur l'exotisme. Une esthétique du divers*, París, Fata Morgana.
- TAILLEMITE, Étienne (1987), *Sur des mers inconnues. Bougainville, Cook, Lapérouse*, París, Gallimard.